La Fuente de las Mariposas

Encarnación Villena



Vision Libros

LA FUENTE DE LAS MARIPOSAS

ENCARNACIÓN VILLENA

LA FUENTE DE LAS MARIPOSAS

Vision Libros

La Fuente de las Mariposas
© Encarnación Villena
www.encarnacionvillena.com
© Editorial: Vision Libros
Calle San Ildefonso, 17, local, 28012, Madrid, España
Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Grupo Editor Vision Net S.L.

ISBN: 978-84-9886-250-8

Diseño base cubierta: Marian González

Maquetación: Encarnación Villena
Ilustraciones de cubiertas: Rubén Arias Villena

Disponible en librerías físicas y online
Pedidos a pedidos@visionnet.es

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser transmitida por un sistema de recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético o por fotocopia, o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la autora.

Epígrafe

Agradecimientos ..... Pág. 9

Capítulo I *La Boda* ..... Pág. 15

Capítulo II *Belleza Inmarcesible* ..... Pág. 31

Capítulo III *Bajo la Sombra de la Luz* ..... Pág. 43

Capítulo IV *El Reencuentro* ..... Pág. 63

Capítulo V *El Comienzo de Nora* ..... Pág. 97

Capítulo VI *Placer y Dolor* ..... Pág. 109

Capítulo VII *Madrid* ..... Pág. 127

Capítulo VIII *El Mundo de los Negocios* ..... Pág. 151

Capítulo IX *Navidad* ..... Pág. 163

Capítulo X *Celos* ..... Pág. 187

Capítulo XI *Misterio del Corazón* ..... Pág. 213

Capítulo XII *Añoranza* ..... Pág. 229

Capítulo XIII *Soledad* ..... Pág. 235

Capítulo XIV *El Color de mi Destino* ..... Pág. 243

Capítulo XV *La Esencia de Uno Mismo* ..... Pág. 255

Capítulo XVI *Mariposa Déjame Alcanzarte* ..... Pág. 279

Epílogo ..... Pág. 313

Agradecimientos

En primer lugar, quiero agradecérselo a Domingo, mi compañero; a Carlos y Rubén, mis hijos; a Sara, que es como una hija para mí; a María, a quien considero como una hermana. Sin el apoyo de todos ellos, no hubiese sido posible realizar esta novela.

Al resto de mi familia y a todos y cada uno de mis amigos y amigas por haber recibido con entusiasmo mi primer libro, y a la espera de este segundo con impaciencia; muchas gracias por alentarme a realizar lo que tanto me apasiona. No hace falta dar vuestros nombres, sabéis muy bien de quiénes hablo.

También quiero agradecer a quienes han sido mis compañeros de trabajo en el 2009, que me han recordado lo saludable que es reír cada día: Yolanda, Asun, Regina, Bea, Tami, Ana, Pilar, Pedro, Sergio (un gran artista de la fotografía), Carmen, Rosa, Viky, Mónica, Toya, María Antonia, Cristina E. y Eliseo. Y, sobre todo, a Cris, alguien muy especial.

También a Marta, de Librería Velázquez, a Ramsés de Librería Espacio Lector Nobel y a la Librería Sol, (todas ellas, librerías de Alcobendas, donde resido), por

darme la oportunidad, sin conocerme de nada, de mostrar en sus estantes mi primera publicación *"Las Estaciones de la Vida "*.

A Editorial Vision Net por confiar en mí para editarlos y distribuirlos por toda España y más allá de nuestras fronteras; con el fin de que poco a poco los lectores vayan conociendo mis narrativas.

Y a todos los lectores que, sin conocerme de nada, se han interesado por mi primera obra, y han tenido la gentileza de expresarlo a través de sus gratos comentarios en Internet. Con la esperanza de que sigan haciéndolo.

"Todos los personajes protagonistas de esta narración son fruto de la imaginación de la autora, así como sus nombres y apellidos. Cualquier semejanza con personas reales es pura coincidencia".

"Para mi madre, mi mejor amiga, quien me mostró esa luz que nos es difícil distinguir en la oscuridad, quien me enseñó a valorar lo importante. Transfiriéndome, antes de emprender un inacabable viaje, su generosidad, respeto y el amor suficiente para sentirme completa.

Para mi padre, trasmisor de creatividad, presente en mi infancia, escuchándome en mi adolescencia, sintiendo su firme brazo para llevarme al altar. Con el paso de los años, ha permanecido a mi lado, no sólo cuando la emoción me embriagaba, sino también cuando la adversidad me atrapaba.

A ambos les agradezco su enorme esfuerzo y dedicación, han sido el mejor ejemplo para mi condición como persona y como madre".

Sentirte totalmente seguro de ti mismo. Creer que nadie te puede enseñar por estar de vuelta de todo. Saber que tu decisión y conducta es la adecuada, la mejor, la única que cuenta. Pensar que eres el ser más inteligente del Universo. Es la mejor manera de no evolucionar, el sendero más próximo para pasear por la soledad eterna.

La autora

I. La Boda.

Con diez años de edad, yo creía que Madrid, mi ciudad natal, era mi barrio y poco más. La primera vez que entré en la Iglesia de San Jerónimo El Real para ver casar a mi madre, me di cuenta de que aquella maravillosa capital comenzaba donde quedaban mis pequeños e insignificantes sueños.

Desde los jardines del Museo del Prado, pude admirar la fachada gótico-renacentista del edificio construido en tiempos de los Reyes Católicos. El interior me pareció fascinante, los arcos apuntados remarcaban su altura; tras observarlo, minuciosamente, pensé que aquel templo, aun siendo más grande que mi parroquia, no transmitía frialdad. Entre tanta grandeza y perfección me sentía mucho más pequeña.

A mi lado se encontraba alguien que, en tan sólo unos minutos, se convertiría en mi hermanastro, horrible palabra que intentaría no pronunciar bajo ninguna circunstancia. Su abuela, una señora muy estirada, con la piel llena de arrugas y desprendiendo un intenso olor a perfume, me dejaba sin respiración cada vez que se acercaba a mí para llamarme la atención:

—¡Nora estírate!, arquear la espalda no es una buena forma de crecer.

Sus comentarios hacían que me pusiera todavía más nerviosa. Sólo al contemplar el altar, me sentía algo mejor, estaba repleto de alhelíes, dalias, pensamientos, lirios, rosas y margaritas de varios colores. Podía oler cada fragancia, las conocía muy bien, mamá tenía una floristería y cultivaba flores, así que aprendí todo sobre ellas tratándolas con mimo y delicadeza.

Al entornar los ojos era como si estuviera allí, donde ella había trabajado hasta hacía unos días. De alguna manera, eso hizo que me sintiese un poco como en mi hogar; aunque tan sólo duró breves segundos, ya que al desviar la cabeza, un escalofrío recorrió incesante todo mi cuerpo al verme rodeada de personas desconocidas, ataviadas con trajes muy elegantes. El mío también lo era, jamás había llevado un vestido tan lindo, a pesar de que me hacía sentir como un repollo con lazos.

Hasta ese mismo momento, no reparé en que todos me observaban y cuchicheaban, seguramente sobre mí. No podía oírles, pero intuía que yo era el centro de su atención.

Intentaba no hacerles caso, diciéndome:

"No estás sola, no te preocupes por nada".

Aquellas palabras las repetía una y otra vez, sin poder apartar mi inquietud. Mamá no podía estar junto a mí en ese instante, mas yo necesitaba urgentemente un abrazo, y que alguien apretara mis manos petrificadas por el nerviosismo.

El miedo había invadido terriblemente mi corazón.

Dos minutos antes de comenzar la ceremonia, miré con el rabillo del ojo a aquel chico mayor, con quien compartiría mi vida a partir de ese día. Su ceño fruncido rebosaba incomodidad, ese malestar reflejado en su rostro, potenció aún más mi inseguridad.

Volviendo al retablo mayor, esta vez no reparé en las flores, sino en mi futuro padre, rígido como un tronco de árbol. Sin embargo, el movimiento de sus manos era raudo, no paraba de atusarse el pelo y colocarse la corbata, esperando que apareciese la novia. En esos torpes minutos, viéndole tan inquieto, con cientos de ojos escrutándole, parecía tan vulnerable como yo.

Al percibir mi aterrada mirada, se acercó sonriendo. Mientras acariciaba mi pelo, su dulce voz difuminó la inhóspita situación.

—Pequeña, ¿estás bien?

—Creo que sí —respondí con un hilo de voz.

—Cuida de ella —indicó a su hijo, mientras sus manos apretaban las mías con delicadeza para darme fuerza.

No le conocía muy bien, apenas le había visto cuatro veces contadas; pero fueron suficientes para darme cuenta de que era un hombre bueno. Colmaba a mamá de atenciones y a mí me transmitía serenidad, percibía su aprecio.

Además, no podía hacer comparaciones, mi padre biológico murió siendo yo un bebé, dejándonos solas y sin poder recurrir a nadie más. Gracias a Dios, a la disposición de mi madre y, sobre todo, al amor que me profesaba, salimos adelante.

Cuando ella regresaba después de una dura jornada de trabajo, me recogía de la casa de nuestra vecina Trini, que me cuidaba durante su ausencia. Entonces, me sentaba en su regazo abrazándola; jamás olvidaré su fragancia. Si una pesadilla me despertaba violentamente en la oscuridad de la noche, no me hacían falta ni su tacto, ni su voz para saber que estaba junto a mí, su agradable olor la delataba. Seguidamente, mis ojos se cerraban sin temor.

¡Me sentía tan amada, tan segura!

Aunque ella era una mujer soñadora y llena de vitalidad, el día que Manuel le pidió matrimonio, su rostro irradiaba felicidad, en cambio, el mío se llenó de asombro. Fue todo tan repentino que me dejó perpleja y bloqueada, sin poder reaccionar por el miedo.

Hoy, frente al altar, los pensamientos se colapsan de tal manera en mi cerebro, que mi cuerpo pierde estabilidad.

"¿Cómo será mi vida a partir de ahora?", me preguntaba.

Mamá me lo había descrito demasiado perfecto:

—Cariño, Manuel es un gran arquitecto, y será un buen padre para ti. Viviremos en una mansión en Torrelodones, a las afueras de Madrid, con personas a nuestro servicio, irás a un buen colegio, tendrás fantásticos vestidos… —aquello, no lo entendí muy bien; pero seguí escuchando en silencio—. De ahora en adelante, ¡todo va a ser maravilloso!

¡Vamos!, como dijo Trini, nuestra vecina: "¡Un verdadero chollo!".

Todo aquello me angustiaba, yo era feliz en mi barrio, allí tenía mi colegio, mis amigos, en definitiva, mis raíces. No necesitaba sirvientes, había aprendido a valerme por mí misma desde pequeña. Para nada precisaba otros profesores, los míos eran inmejorables. Además, no quería parecerme a las niñas pijas de los barrios elegantes, no… no lo soportaría.

Mientras mantenía una lucha sin fin, la persona que más quería en este mundo, se zambullía en un mar de dicha, saboreando cada décima de segundo.

* * *

Ella, jamás olvidaría el día que le vio entrar por la puerta, tan elegante y apuesto.

—¡Buenos días, señorita! ¿Sería tan amable de prepararme un ramo de rosas amarillas?

—Por supuesto, señor —dijo con una sonrisa y, mientras iba eligiendo las más bellas, añadió —. ¿Sabe que simbolizan la vida?

—No, no lo sabía; aunque no me extraña en absoluto.

—Las de este color, son las más idóneas para iniciar una relación.

—¡Qué curioso! —exclamó sin dejar de mirarla.

Después de pagar, él hizo intención de marcharse, sin embargo, se lo pensó mejor, dio media vuelta y se las entregó de nuevo, ella se quedó atónita y sin saber qué decir. En sus labios se dibujó una sonrisa y la visión de sus ojos se nubló por la emoción.

Ambos se enamoraron a primera vista.

* * *

Mis recuerdos se difuminaron al escuchar la suave música, que me transportó al lugar donde había dejado aparcada mi timidez.

—¡Niña levántate! —me exigió Doña Aurora, la madre de mi futuro padre y la que, a partir de ese día, sería mi abuela.

Todos se pusieron en pie para recibir a la novia más bonita del mundo, y es que, realmente, era una mujer bellísima, morena con grandes ojos morunos.

De ella, yo había heredado sus labios, la alegría con que recibía un nuevo día, disfrutándolo sin pensar en el siguiente, y también, su mágica ternura. De mi padre, su cabello dorado, brillante como el sol y sus grandes ojos azul ultramar. Aunque no pude compartir ni un minuto junto a él, y aun sabiendo que el carácter no es heredado, sino adquirido, mamá me decía que, según me iba haciendo mayor, me parecía más a él.

Hubiese dado cualquier cosa por recibir su beso de buenas noches, por escuchar su voz y ver sus gestos. Ella al intuirlo, me lo iba describiendo al detalle, transmitiéndome su gran personalidad.

Ahora, miraba emocionada al hombre que nos daría amor y, sobre todo, seguridad.

Cuando terminó la ceremonia, la anciana me cogió de la mano y dijo en tono autoritario:

—Salgamos al exterior.

Después de unos interminables minutos de espera, les vimos aparecer. Mamá puso su ramo de flores en mis manos, al levantar los ojos para mirarla, una espesa nube de arroz nos cubrió; su brazo me envolvió y caminamos hasta llegar al interior del coche, donde me senté junto a mis padres.

"MIS PADRES", en plural sonaba como un sueño.

Él acercó su rostro, besándome en la mejilla.

—¡Pareces una princesita!, ahora tu mirada es mucho más serena. ¿Estás mejor?

Con aquella pregunta llena de dulzura, desapareció mi encogimiento, mis temores. Por primera vez en mi vida, sentí que un hombre me quería y se preocupaba por mí.

—Sí, ahora sí —respondí. Acto seguido, la miré a ella y, al ver su rostro resplandeciente, empecé a comprender y a compartir su felicidad.

Contemplaba las flores que asían mis manos, cuando escuché su voz:

—Nora, ahora conocerás la casa donde viviremos a partir de hoy.

—Espero que ambas os sintáis felices en ella —él cogió mi mano y susurró—. Probablemente, con el bullicio de la fiesta estés incómoda.

—Me gustan la música y el baile, será divertido.

—Eso espero —Manuel meditaba cada sílaba—. Me gustaría que durante los días que tu madre y yo vamos a estar fuera…

—No entiendo —dije, desviando la mirada hacia ella.

—Cariño, mañana salimos de viaje; pero dentro de una semana estaremos de vuelta. Tú estarás bien con Doña Aurora y tu hermano Ángel.

Súbitamente, un sudor frío humedeció el vestido de tafetán azul.

"¡Su Luna de Miel!", ¡cómo se me pudo pasar por alto! Y, claro, no estaría bien que me llevasen con ellos. ¡Dios mío!, ¿qué haré sin ella?

Todo aquello me perturbaba, sin embargo, no podía hacer otra cosa que aceptarlo con resignación.

* * *

El coche se detuvo junto a una gran puerta de hierro, labrada y enrejada con altos barrotes acabados en aguja, apuntando al cielo; chirriante y perezosa se abrió, dejándonos entrar en aquel lugar repleto de jardines y senderos llenos de colorido. A lo lejos, nos aguardaba una inmensa mansión de piedra, sostenida por solemnes columnas victorianas, sus muros parecían albergar poca vida en su interior.

—Nora, ¿verdad que es impresionante? —ella estaba fascinada y enamorada de todo lo que veía.

Mis piernas empezaron a temblar, me sentía igual que cuando mi profesora me hacía salir al encerado, a explicar algo que se me había olvidado estudiar. Miré de nuevo todo lo que me rodeaba, y exclamé:

—¡Dios mío! ¡Esto es enorme, me perderé!

Nada más entrar en la casa, me sorprendió gratamente que no fuese sombría y triste, como imaginé mientras la observaba desde el exterior. Por sus grandes vanos entraba, con plena libertad, una luz cálida que me serenaba. De pronto, escuché un susurro lejano:

"No temas, aquí estarás a salvo".

Miré los labios de mis padres, pero ellos estaban callados en ese momento, y aquella voz seguía repitiendo:

"Éste será a partir de ahora tu único hogar, no tengas miedo…".

Probablemente, los nervios me jugaban una mala pasada.

En la sala principal aguardaban impacientes los invitados, nos recibieron con una ovación, mientras se acercaban a felicitar a los recién casados.

Mezclándome con la gente, dejé de escuchar aquella voz. Perdida entre las mesas, mis ojos buscaban a mi madre sin poder encontrarla, todo ese barullo empezaba a angustiarme. En el centro del majestuoso salón circular, levanté la mirada y me quedé inmóvil al contemplar una gran cúpula revestida de madera tallada, culminada en una claraboya, por donde se filtraban los rayos del sol iluminando toda la estancia.

Abandoné la algarabía, subí lentamente por una de las escaleras que, trazadas a ambos lados, proporcionaban al espacio simetría y equilibrio. Los peldaños estaban revestidos por una alfombra persa con dibujos curvilíneos y florales en tonos granates, el borde había sido trabajado por una sucesión de hojas dentadas, dispuestas en bies; tan mullida y delicada, que me deslizaba sobre ella de puntillas. Al alcanzar el rellano, mi cuerpo empezó a girar para ver las cuatro plantas que rodeaban sus muros, en cada galería, un amplio pasillo conducía a puertas de maderas nobles que se encontraban cerradas.

De repente, una mano se posó en mi hombro, al volver la cabeza, mi hermano me preguntó:

—¿Acaso buscas tu habitación? —por primera vez, escuché su voz firme y agradable.

—Sí, ¿podrías indicarme cuál es? —dije balbuceando.

—¡Ven!, te la mostraré.

Le seguí en silencio hasta la segunda planta, recorrimos el pasillo hacia el lado opuesto, abrió una de las puertas y, una vez dentro, indicó:

—Aquí lo tienes.

—¡Mi dormitorio! —exclamé—. ¡Si es más grande que mi casa!

—Si no te gusta puedes elegir otro. Aquí hay de sobra.

—No, no. ¡Es la más bonita que he visto nunca!; aunque demasiado espacio para mí sola.

—Pues tendrás que acostumbrarte, aquí todo es así.

—¿En cuál dormirá mamá?

—¡Pues, en cuál va a dormir!, en la de mi padre. ¡No te digo! —respondió con resentimiento.

—Nosotras no te gustamos, ¿verdad?

—¡Y… qué más da mi opinión!

—No ves bien que se hayan casado y tampoco tenerme como hermana, ¿verdad?

—Encima sabihondilla; pues ya que lo dices, no. No me gusta.

—Aún no me has contestado.

—Su habitación está en la tercera planta.

—¡Tan lejos! —corrí a la cama y me senté con los ojos llenos de lágrimas.

Desde el umbral de la puerta, me dijo:

—Si te sirve de consuelo, mi cuarto está al final del pasillo — cuando se disponía a cerrar la puerta, indicó señalando con el dedo índice—. ¡Ah!, tus cosas deben de estar en el vestidor.

—¡Espera, por favor! —grité—. Dile a mamá que venga a darme un beso de buenas noches.

—¡Si la veo!

—Ángel, por favor —supliqué de nuevo, abandonada en aquella habitación sin recuerdos, sin pasado.

—¡Está bien! —dijo finalmente.

Busqué uno de mis pijamas, me lo puse y, llorando, me tumbé en aquella confortable cama. Al cabo de un rato, me enjugué las lágrimas y me puse a contemplar la

decoración de telas y muebles. La luz artificial de los focos instalados en el jardín, reflejaban visos brillantes de colores tornasolados, iluminando el interior. Me arropé con la colcha de color blanco con margaritas bordadas, que iba a juego con la tela de las caídas del mirador semicircular.

El balanceo de los visillos denotaba que la brisa que llegaba a mi cuerpo, haciéndolo temblar, se colaba por una de las puertas que daban a una amplia terraza.

Me sentía vencida en la primera batalla de mi vida, la incontrolada sensación de pesadez en mis párpados hizo que, poco a poco, sin saber en qué momento, se cerraran sin más.

* * *

La luz de un nuevo día iluminaba el dormitorio. Mis ojos se abrieron al darme cuenta de que, tristemente, aquel acontecimiento no había sido un sueño. Me incorporé y salí desorientada a la terraza. La frialdad de la cerámica bajo mis pies desnudos, hizo fluir la sangre más rápido y reviví nuevamente.

Desde allí podía ver el hermoso jardín, rodeando una fuente maravillosa con forma de estrella de cinco puntas. En cada vértice reposaba una mariposa de diferente color: azul cobalto, verde esmeralda, amarillo limón, magenta y blanco. En el centro, se levantaba majestuosa otra más grande, engalanada con las tonalidades de todas las demás. Con sus alas desplegadas sobre un surtidor que lanzaba agua a través de cinco caños, humectándolas.

"¡Jamás había visto nada tan bello!".

Me vestí deprisa para bajar y admirarla de cerca.

Al abrir la puerta, me encontré con una mujer uniformada.

—¡Buenos días!, mi nombre es Lidia. ¿Ha dormido bien? —preguntó.

—Sí, gracias.

—La esperan para desayunar, le acompaño.

Bajamos hasta una sala con una gran mesa ovalada, donde estaban aguardando mis padres, mi hermano y… la abuela. Mi madre estaba radiante, se levantó, vino hacia mí y me dio un beso.

—Cariño siéntate, ayer no comiste nada.

Miré a Ángel con un gesto de decepción.

—¿No se lo dijiste? —pregunté.

Lisa, al intuirlo, explicó:

—Cuando subí, estabas tan dormidita que no quise despertarte.

—¿Estás contenta con tu habitación? —preguntó mi padre.

—Sí, desde allí puedo ver la Fuente de las Mariposas.

—¿Y te gusta?

—Me encanta.

—¡Vaya!, me alegro. La hicimos cuando Ángel era bebé, le encantaba jugar con unas de papel que colgaban en un carrusel, en la cabecera de su cuna.

—¡Padre, por favor! —exclamó avergonzado.

—Entonces, ¿además de casas, construyes también fuentes? —al preguntar con tanta expresividad, los cuatro rieron.

—Sí princesa, si tú lo deseas, podemos hacer todas las que quieras, aquí hay espacio más que suficiente —dijo él con entusiasmo.

—No, con ésta tengo bastante —me acerqué a mi hermano, le toqué el brazo y pregunté—. ¿A ti no te importará que la mire?

—Te la regalo —respondió con tono desdeñoso.

—¡Ángel!, en nuestra ausencia, quiero que cuides de tu hermana.

—Ya está el servicio, padre.

—No me refería a eso. Ya sé que aquí está protegida, pero es la primera vez que se separa de su madre, y necesitará mucho cariño.

—No te preocupes hijo, yo misma me encargaré de esta jovencita —intervino la matriarca.

—Gracias, Doña Aurora —dijo mi madre.

—Lisa ahórrate los cumplidos, llámame Aurora a secas —se giró hacia mí humedeciéndose los labios y, con una forzada sonrisa, dijo—. Y tú me puedes llamar abuela.

—De acuerdo señora, digo... abuela.

—Nora es una niña autosuficiente, no dará ningún problema —aseguró mamá, y añadió dirigiéndose a Ángel—. Sé que a tus veinte años, estarás muy ocupado, y entiendo que lo de ser hermano no se aprende en un día. Sin embargo, me marcharía mucho más tranquila, sabiendo que estarás a su lado si te necesita.

Él nos miró a las dos y después a su padre.

—¡Está bien! —exclamó, mientras consultaba su reloj—. Ahora tengo que irme o llegaré tarde a la facultad.

Obviamente, estaba incómodo por nuestra presencia.

* * *

A la mañana siguiente, corrí y corrí tras el resplandeciente coche negro hasta que desapareció. Al cerrarse el portón de hierro, un velo de soledad cubrió mi alma; la llamé sollozando, quedándome sin fuerzas me agarré a los fuertes y ásperos barrotes deslizándome hasta el suelo. No sé calcular el tiempo que permanecí arrodillada, aferrada a la textura granulada que iba quemando la piel de mis manos. Ni siquiera, me hacía reaccionar la humedad de la sangre que corría por mis dedos, tiñendo de rojo mis vaqueros. No sentía dolor físico, mi dolencia se hallaba recluida en mi corazón.

Durante su ausencia, me distraía recorriendo la finca.

Ángel andaba siempre ocupado y, las pocas veces que le veía, me ignoraba con una gran indiferencia.

Yo comía con la abuela. Ella, al verme tan triste, hizo todo lo posible para que me sintiera mejor.

Aquellos días fueron los más largos y aburridos de mi vida.

* * *

Al fin llegó el momento de su regreso esperado con tanta ansiedad. La abuela hizo que me quitara los vaqueros, y me pusiera uno de mis vestidos nuevos, ella misma me colocó el cabello recogiéndolo con un lazo, era como si aquella dura y enérgica mujer, se hubiera transformado en una viejecita dulce y amable.

Cuando sonó el timbre de la puerta principal, bajé corriendo para recibirles con todo mi amor. Al llegar al salón, mi hermano estaba hablando con un hombre muy serio, me oculté debajo de la escalera para escuchar lo que decían:

—¡No sabes cuánto lo siento! —exclamaba con tristeza, mientras Ángel se llevaba las manos a la cabeza.

—No es posible. ¿Estás seguro? —preguntó desconcertado.

—Me temo que sí —dijo el desconocido, estrechándole entre sus brazos—. Hijo, no te preocupes por nada, yo me ocuparé de todo. Sabes que siempre estaré a tu lado. ¿Quieres que se lo diga a tu abuela?

—Gracias Jorge —dijo apartándose—. Será mejor que lo sepa por mí.

Yo no me enteraba de nada, sin embargo, al ver la cara desencajada de mi hermano, podía adivinar que eran malas noticias.

Cuando aquel señor de traje gris se marchó, salí de mi escondrijo y le pregunté:

—¿Ocurre algo malo?

Sus labios se despegaron para decirme algo; pero la voz no salió de su garganta, levantó la mirada y se alejó subiendo los peldaños de dos en dos. Yo le seguí, al llegar al rellano de la escalera, se paró delante de la puerta y llamó con los nudillos.

—Abuela, ¿puedo entrar?

—¡Adelante, hijo!, ¿ya has vuelto? —preguntó extrañada.

—Será mejor que te sientes, tengo que decirte algo.

Yo les miraba desde el umbral.

—Estás pálido.

—¡Es que ha pasado algo horrible!

—Ángel, ¿qué ocurre?

Por un momento, se volvió a quedar aturdido.

—No me tengas así, dime lo que sea ya —exigió.

—El avión en que venía papá… ha sufrido un accidente.

—¡Todopoderoso!

—Abuela, no ha habido ningún superviviente.

—¡Mi hijo, no! —sollozaba, mientras su nieto la abrazaba.

Mi alma se vistió de cólera y mi voz sonó como un alarido.

—¡Están a punto de llegar, no mientas, eres malo!

Bajé las escaleras, abrí la puerta y salí de allí corriendo sin rumbo fijo, me empezaba a faltar el aire y tuve que pararme. De pronto, unos fuertes brazos me enlazaron sin permitirme mover.

—¡Espera!, ¡tranquilízate!

—¡Déjame! —chillé, intentando separarme. Mientras me sujetaba, yo le gritaba y golpeaba en el pecho con las pocas fuerzas que me quedaban.

—¿Cómo podría consolarte? —preguntó.

—Trayéndolos. Quiero a mi mamá, quiero a mi mamá —no podía dejar de llorar y cada vez me sentía más nerviosa e insegura.

—Te llevaré a tu dormitorio.

En ese momento, apareció Lidia:
—Si no le importa, yo me haré cargo de ella.

Una vez en la habitación, aunque ella hizo todo lo posible para consolarme, le pedí que me dejara.

* * *

La casa se encontraba vacía de lo único que me importaba. Esa noche nunca la podré olvidar, se escuchaba el silencio hasta hacerme estremecer. Me faltó ese beso de buenas noches, todos estaban tan abatidos, que olvidaron que había una niña sufriendo sola.

En la oscuridad, respiré profundamente para recuperar su fragancia, mas se había desvanecido. Una brisa amarga heló mi piel, mis gemidos se debían de escuchar a distancia, había perdido lo único que necesitaba para vivir. Me sentía perdida y abandonada.

Salí a la terraza, las mariposas seguían allí igual de bellas e inalterables. La fuente, no había cambiado y, aunque inamovible, me transmitía serenidad, paz interior. Pasé horas mirándola hasta que mis piernas se doblaron y, agotada, sobre la cerámica, me acurruqué.

Cerré los ojos para evocar pasajes de mi vida. En todas las escenas aparecía mi madre velándome, acariciándome, guiándome…

Ahora, ¿quién lo haría por ella? Me sentí tan poca cosa que, adoptando una posición fetal, dejé de existir.

Estaba tan enfadada, que mis lágrimas brotaban en silencio no sólo por mi profunda tristeza, sino también por la ira que invadía mi razón; se había ido sin despedirse y sin preocuparse de lo que aquí dejaba.

Desde el día que cruzó la verja con mi padre, *"mi padre, por un breve instante"* ¡Dios sabe cómo conté los segundos para volver a verles, y disfrutar de una gran familia!

Incluso, a la mañana siguiente, llegué a pensar que era culpable por la muerte de ambos, por no acoger su unión como se merecían.

Lidia —el ama de llaves—, me hizo comprender que yo no había tenido nada que ver. Me explicó que su camino había concluido, al haber realizado su labor encomendada.

Aunque de diferente forma, ya se lo había escuchado a mi madre, cuando en una ocasión le pregunté: "¿Por qué Dios se había llevado a mi padre?". Ella se quedó pensativa, meditando despacio sus palabras: "Todos nacemos para realizar una misión, creo que la suya eras tú… Tenía que darte la vida". Sus ojos se humedecieron, me estrechó el rostro entre sus manos, y añadió emocionada: ¡Te quería mucho!

Dos años atrás, no crearon en mí el efecto que ahora al recordarlas. Por eso, comprendí con dolor que ella jamás volvería.

La interminable espera había llegado a su fin.

II. Belleza Inmarcesible

Desperté, llena de confusión, plácidamente arropada en mi cama. Lo último que recordaba era mi cuerpo trémulo sobre las frías baldosas.

¿Sería sonámbula? O, tal vez, ella seguía protegiéndome desde el cielo. "¡No se había marchado del todo!", pensé, mientras sonreía.

Escuché un leve golpe de nudillos en la puerta y, a continuación, que ésta se abría, apareciendo Lidia.

—¡Buenos días, señorita Nora!, su abuela la reclama —se encaminó hacia el vestidor—. ¿Qué quiere ponerse?

—Me da igual. ¿Por qué me llamas de usted?, sólo soy una niña.

—Normas de Doña Aurora.

—Pues a mí no me gustan —dije con energía, acercándome a ella—. Hoy me pondré mis vaqueros preferidos.

—No me lo digas, ¿son éstos?

—¿Cómo lo has adivinado?

—Porque los más usados y descoloridos son los más cómodos. Te comprendo perfectamente.

—¿Tú también los usas?

—¡Pues claro!

—Siempre te veo con ese feo vestido gris. ¿Cuántos años tienes?